



ARENAS DEL PASADO

El destino es cruel y no hace distinciones.

ALBERTO VÁZQUEZ HERRERA

Arenas del Pasado

El destino es cruel y no hace distinciones

Alberto Vázquez Herrera

Arenas del Pasado

Copyright © 2019 Alberto Vázquez Herrera

Todos los derechos reservados

Diseño de portada

Erika González Navarro

Queda prohibida, sin autorización escrita del autor y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*A mi querido hermano
Alejandro Junior (+)*

CONTENIDO

Prólogo

Parte 1 - El Comienzo

Parte 2 - Conociendo un Ángel

Parte 3 - El Juego

Parte 4 - La Búsqueda

Parte 5 - El Contacto

Parte 6 - El Derrumbe

Parte 7 - El Reencuentro

Parte 8 - El Retorno

Parte 9 - Una Dura Decisión

Parte 10 - Una Luz en el Camino

Parte 11 - La Sorpresa

Parte 12 - La Playa

Parte 13 - La Confesión

Parte 14 - La Partida

Parte 15 - La Unión

Parte 16 - Don Alejandro

Epílogo

Sobre el Autor

Agradecimientos

PRÓLOGO

Viví una ausencia familiar y la felicidad de un reencuentro. Mi hermano mayor, siendo joven, se embarcó en una misión religiosa. Estábamos atravesando una crisis familiar: nuestros padres recién se habían separado. En una ocasión, caminando con mi hermano, mientras él me capacitaba para ocupar su puesto de promotor de mercado, le pregunté si creía conveniente irse en ese momento a su misión. Me respondió que podría ser una prueba para definir su lealtad, ¿al primer obstáculo claudicaría?, ¡eso habría significado que su fe no era tan firme! No lo entendí. Molesto, dejé el tema. Tiempo después él partió a su misión que duraría dos años.

Cuando llegó el final de su misión yo estaba feliz porque lo vería de nuevo. Habían sido dos largos años de difíciles pruebas, tanto para él como para mí: diferentes experiencias nos habían forjado como personas. Yo lo había perdonado, todas las razones que él había tenido para partir ya me parecían válidas. Y no es que antes no lo fueran. Él estaba predestinado a cumplir con ese plan y en eso se basaba su fe. Fue un excelente misionero, líder de zona a nivel general, dio charlas y bautizó al por mayor. El reencuentro entre nosotros fue genial. Él era un ser que irradiaba espiritualidad a donde quiera que iba. No llenábamos de platicar y forjarnos planes sobre el futuro. Después de muchos años de haber terminado su primera misión llegó el momento de iniciar otra; así lo dispuso Dios.

Al final los reencuentros son así, llenos de felicidad y de alegría, incluso por encima de esta vida. Me supongo que así debe de ser. El cariño por una persona amada y por la familia no termina en este plano terrenal. Trascendemos de manera espiritual y anhelamos el reencuentro, ahora eterno, donde nada ni nadie pueda truncar esa hermandad y ese amor.

Este fue el origen de *Arenas del pasado*. Con base en las experiencias vividas y en ideas personales ajenas a mi

entorno quise crear una obra sencilla, pero con un mensaje importante que definiera la importancia de cumplir con nuestras misiones personales. Tal vez se cumplan mucho después de lo programado, con obstáculos o personas que tratarán de impedirlo, pero si se es perseverante, con una visión acerca de lo que se quiere, las dudas y los miedos se disiparán. Al final, una fe profunda en una acción realizada es un éxito asegurado.

Alberto Vázquez Herrera

EL COMIENZO

Tampico, 2010

La salida de los rayos solares anunciaba el amanecer de una manera majestuosa. Las gaviotas revoloteaban en busca de alimento, amenizando el ambiente de la costa, el oleaje moderado del mar invitaba a la relajación: olas y arena hacían contacto una y otra vez.

A sus cincuenta y nueve años, don Alejandro Medina poseía una condición física formidable; amante del ejercicio y admirador de las ciudades costeras con su aire típico, esa brisa que envuelve toda la ciudad con su abrazo de sales marinas. Solo las personas que han vivido en la costa pueden entenderlo. Tampico es una ciudad portuaria, situada al sur del estado de Tamaulipas, el río Pánuco es el límite que la divide del estado de Veracruz.

Don Alejandro vivía cerca de la Laguna del Carpintero, lugar de esparcimiento, donde las lanchas acuáticas, las familias y la relajación eran una constante, así como los cocodrilos. Se trataba de un barrio sencillo y antiguo, de esos donde los vecinos se conocen y se aprecian. Su modesto hogar se encontraba en la calle Aquiles Serdán, que topaba con el canal de la cortadura. Su casa quedaba frente a una pequeña vecindad. Era muy apreciado por su manera de tratar a los demás, no solo en esa vecindad, sino en todo el sector él era siempre amable y respetuoso.

Al levantarse realizaba la actividad física elegida de acuerdo al día de la semana: correr, caminar, ir al gimnasio, baloncesto, fútbol... En una ocasión le dio por correr de más, tanto que llegó a la playa por la avenida Álvaro Obregón, el problema fue que llegó tan exhausto, con un ligero dolor de rodilla, que tuvo que volver en un carro de ruta, a su edad ya no podía exagerar como cuando era joven, así

que, a partir de ese día, se prometió solo correr tramos cortos.

Vestido con la ropa deportiva adecuada, se dispuso a salir de su hogar para ir a correr, respirando el aire matutino, placentero para sus pulmones. Se fue caminando sobre un puente peatonal que bordeaba el canal de la cortadura, al otro lado encontraría el centro de la ciudad. Le gustaba empaparse de los olores típicos de los negocios de comida. A diferencia de muchos que gustan de correr solo en la naturaleza, a don Alejandro lo hacía sentir vivo el contacto con la gente. Las personas que a esa hora abrían sus negocios lo saludaban de forma amistosa. Escuchaba, en su trayecto, los buenos días e invitaciones a almorzar de parte de sus amigos comerciantes. Don Alejandro a todos agradecía y sonreía.

Al terminar de dar su recorrido se encaminó a su modesta casa. Tenía la posibilidad de vivir en los mejores barrios del puerto, pero no le llamaba la atención: siempre había sido una persona sencilla a pesar de poseer una pequeña fortuna en su cuenta bancaria. Por azares de la vida y, sin siquiera proponérselo, se había ganado la lotería; un día un niño le ofreció una ristra de boletos, don Alejandro se negó al principio, pero el pequeño vendedor le comenzó a suplicar: ya era muy tarde y debía entregar la venta del día o se la cobrarían a él, le explicó que ayudaba a su madre en el gasto diario. Fue entonces que don Alejandro observó al niño y vio sinceridad en sus palabras, le compró toda la ristra de boletos y además le dio una buena propina. El niño, de unos diez años, antes de irse corriendo le agradeció mucho y le deseó suerte: personas como él eran las que merecían ganarse la lotería.

Así, con la buena vibra del niño y con un poco de suerte, se ganó el premio mayor. Días después de haber recibido su premio, buscó a la madre del niño vendedor y le entregó una parte del dinero haciéndole ver que el pequeño había sido el responsable de que él ganara tan cotizado premio. La señora casi se desmaya de gusto, agradeciéndole el detalle a don Alejandro.

Disfrutaba, pues, del retorno a su casa, caminando por un costado del canal de la cortadura, en el cual a veces podía observar los peces que pasaban nadando con rapidez, recordó que hacía poco se había visto un cocodrilo por el barrio y, aunque era habitual observarlos en la Laguna del Carpintero, no dejaba de ser sorprendente que animales de ese tipo anduvieran por sectores donde vive la gente. Al llegar a su casa, previo estiramiento, se metió a la ducha: era muy satisfactorio sentir el agua tibia cayendo sobre su rostro, algo cotidiano que agradecía todos los días. Al terminar de ducharse y rasurarse, se vestía con unos pantalones de mezclilla y una playera polo. Eligió ponerse tenis deportivos, quería estar fresco y esta combinación le hacía estar cómodo.

El almuerzo de ese día consistía en pan integral untado con mantequilla, huevos rancheros, frijoles con queso y una taza de café. Se lo preparaba una vecina de enfrente de su casa, propietaria de un negocio de comidas, la cual había acordado tenerle listo el desayuno cada mañana, cuando volvía del ejercicio.

—Hola, don Alejandro, buenos días. Espero le guste el almuerzo de hoy.

—Muy buenos días, doña Margarita. ¿Cómo no me va a gustar? Si usted tiene la mejor sazón de todo Tampico.

—Ay, don Alejandro, ya no me diga que me la voy a creer —rieron.

Don Alejandro tomó su platillo, le agradeció y se despidió con una sonrisa. Después de tan delicioso almuerzo, se dirigió a su cochera, donde resguardaba su flamante auto clásico; un Volkswagen rojo modelo 1966. A pesar de haber tenido muchos autos, solía decir a sus amigos más cercanos que este, a pesar de ser un auto chico, le encantaba y se identificaba mucho con él. Era el típico coche "batallador" que a pesar de cualquier circunstancia salía adelante. A menudo comentaba sus anécdotas, como la vez que, recorriendo el bulevar costero, se le ocurrió entrar con su carro a la zona arenosa y halló una camioneta atascada, "aquí me quedare atorado yo también", pensó; no fue así, aunque

con lentitud, su Volkswagen pudo cruzar sin atorarse ni una sola vez. También recordaba aquella ocasión en que diversos sectores de la ciudad se habían inundado, muchos carros se habían quedado varados, pero su *vochito* no se había rajado y atravesó impresionantes lagunas que casi rebasaban su capaceté, ¡era por ello que no lo cambiaba por nada del mundo!

Don Alejandro era dueño de una papelería con servicio de chat y fotocopias, instalada cerca de una escuela preparatoria por el centro de Tampico. No tenía ese negocio por necesidad económica: aunado al premio de la lotería le habían entregado los fondos de su jubilación, además contaba con su pensión como profesor retirado. Había comprado el terreno y después montó su papelería para estar cerca de los estudiantes, tenía presente el lema de su padre: "estudia y vencerás". Con don Alejandro trabajaban dos jóvenes: Lázaro, en el turno de la mañana, y Axel, en el de la tarde; se encargaban de las cuestiones tecnológicas y de la atención al público.

Después de sortear el pesado tráfico matinal, don Alejandro se estacionó en el pequeño lugar reservado para su Volkswagen, en un estacionamiento. Unos cuantos pasos y ya estaba en la papelería.

—Buenos, días Lázaro, ¿cómo va todo?

—Muy bien, don Alejandro, ha estado movida la mañana.

—Bien, muy bien, y a ti, ¿qué tal te va en la escuela?

—Pues, mire, en cuestiones de estudio me va excelente, pero en cuestiones de amor nomás no doy una. Creo, soy medio especial para las chicas, ninguna se me hace bonita; feo y fastidioso, ¿así cómo conseguiré novia, verdad?

—A qué muchacho tan loco. Recuerda, la belleza es importante, pero el interior de una mujer es lo más valioso. Hace años yo conocí a una mujer que complementaba ambas cosas. Bueno, ya lo entenderás con el tiempo, disfruta tus etapas, nadie experimenta en cabeza ajena.

—Qué cosas dice, don Alejandro, si usted ni se casó — Lázaro se dio cuenta de su torpeza y se puso rojo.

—No dijiste nada que no fuera verdad, muchacho, así que ni te avergüences. Si no me casé fue porque nunca llegó la indicada. Bueno, ese es otro cantar, si no quieres terminar como yo, más te vale que dejes de ser tan fastidioso con las chicas, y mejor ya ponte a trabajar que ahí vienen clientes.

—Sí, por supuesto.

Don Alejandro se dirigió a su oficina, en la parte trasera del negocio. Era un lugar que invitaba a la relajación. Tenía un escritorio de madera, con un cristal en medio, y una silla giratoria, la cual poseía diferentes funciones para aumentar su comodidad; en la pared, tras el escritorio, pendían sus títulos y reconocimientos obtenidos en el transcurso de su vida, que no eran pocos. Gustaba de las estatuas y en su oficina se observaban algunas, sobresalía la figura de bronce del ingenioso y valeroso *Don Quijote de la Mancha*, personaje al que admiraba. Cuando platicaba con sus amigos decía que para sobrevivir en este mundo se tenía que ser gallardo, fiero y a veces loco, como cuenta la historia de este magnífico manchego.

Al entrar a esa oficina se respiraba un agradable olor a madera, al mirar el librero se entendía el porqué. En la pared, frente a su escritorio, don Alejandro había mandado instalar un imponente librero de cedro donde resguardaba gran cantidad de tesoros. Se podían observar libros como *Cien Años de Soledad* de Gabriel García Márquez; *Hamlet* de William Shakespeare; *La Vuelta al Mundo en 80 días* de Julio Verne; *El Llano en Llamas* de Juan Rulfo; *La Ilíada* de Homero; *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo; *Rayuela* de Julio Cortázar; *El Principito* de Antoine de Saint-Exupéry, por mencionar unos cuantos. La variedad de títulos era extensa, aun así, por ser asiduo a la lectura, nuevas obras se integraban poco a poco en el amplio mueble. Uno de ellos resaltaba de entre todos los demás, pues se encontraba en un compartimento especial, se podía leer el título, *Los Miserables* de Víctor Hugo.

Esta oficina era el lugar donde pasaba el mayor tiempo, a veces le daba por escribir historias y jugar con anagra-

mas. La plática que había tenido con el muchacho minutos atrás le había hecho recordar al amor de su vida. Cierto era que había tenido muchas mujeres, quienes le daban un consuelo temporal. Con ninguna ni matrimonio ni hijos. No se arrepentía, aun así en ocasiones aplicaba la frase, "sonríe...aunque por dentro llores". Esa era la vida que él se había buscado, pero estaba consciente que algo le faltaba, algo que ya no podía remediar.

La jornada diaria terminaba y Axel se despidió de su patrón:

—Ya quedó todo cerrado, ¿ocupa algo más?

—No, Axel, creo es todo, ¿cómo sigue tu madre?

—Ya está mucho mejor, don Alejandro, la llevé al doctor y le recetó medicamento; ya, poco a poco, la gripa va disminuyendo. Oiga, por cierto, ¿se acuerda de aquella chica que le platique?, pues ¿qué cree?, ya somos novios.

—Muy bien, Axel, me da gusto por ti. Pero no olvides, muchacho, debes de prepararte y esforzarte, ser alguien en la vida para salir adelante, para que apoyes a tu madre que tanto ha hecho por ti. Eso nunca lo olvides.

—Cómo olvidarlo, si usted me lo recuerda a cada rato. Bueno ya me voy, mañana nos vemos.

—Ándale, muchacho, ve con Dios y salúdame a tu madre, que siga mejor.

—Gracias.

Don Alejandro era asiduo a quedarse largos ratos en su oficina después de cerrar su negocio, le gustaba navegar en el mundo de las redes sociales, sobre todo en Facebook y Twitter. Tecleaba los nombres de aquellas personas que recordaba de su juventud, de la época del bachillerato, y siempre, antes que cualquier otro, tecleaba el nombre de ella, inútilmente. Se ponía a pensar en lo increíbles que eran estas redes. En el pasado una red social era un grupo de personas platicando en la plaza, no se podía imaginar cómo hubiera sido su juventud, cuando era estudiante, de haber existido entonces estas tecnologías.

Por esa razón, afrontando obstáculos y recibiendo numerosas asesorías, decidió poner un negocio que manejara la tecnología, así aprendería a dominarla. Contrató a dos jóvenes expertos en el manejo tecnológico y atención a clientes, ellos montaron las computadoras e impresoras y todo lo necesario para echar a andar y mantener el negocio. Si él tenía redes sociales era gracias a la ayuda de los locos de Lázaro y Axel, quienes le habían sacado varias cuentas y le enseñaron lo básico para usarlas. Ya, luego, les fue tomando el gusto.

A su negocio asistían, con regularidad, los profesores y los alumnos de la escuela preparatoria, ubicada por un puente peatonal, cerca del centro de la ciudad al final de la avenida Hidalgo, viniendo de norte a sur. Como el negocio se encontraba enfrente de una plaza donde los jóvenes se reunían, era habitual que fueran a rentar computadoras y a comprar materiales para sus trabajos. Había entablado amistad con algunos de los profesores que lo frecuentaban.

A don Alejandro los alumnos lo conocían como “el abuelo” y su papelería era referida como “el negocio del abuelo”, eso a él no le molestaba, al contrario, era algo que le halagaba, pues al no tener hijos y por ende tampoco nietos, le reconfortaba escuchar cuando los alumnos lo llamaban de esa manera. Cuando a los estudiantes les faltaba dinero para completar algo o necesitaban algo fiado, Axel o Lázaro –quien estuviera en turno– llamaba a don Alejandro, quien nunca decía que no. La intención principal al abrir su negocio había sido, precisamente, apoyar a los estudiantes. Por razones como esa, él era muy conocido, querido y respetado entre la comunidad estudiantil de esa preparatoria.

De vez en cuando salía del negocio a dar caminatas cortas para alejarse del internet, de lo increíble que eran esas herramientas podían llegar a ser muy adictivas, por eso a veces salía a distraerse y olvidarse de ellas por un rato.

—Te encargo el negocio, Lázaro, ahorita regreso.

—Sí, don Alejandro, no se preocupe.

Ese día se propuso ir a caminar a la Laguna del Carpintero y, de paso, comprarse un agua de huapilla a uno de los negocios establecidos ahí.

Estaba cerca de su destino cuando observó, a lo lejos, un pequeño grupo de jóvenes que discutían, los observaba y caminaba a la vez, cuando estuvo cerca se dio cuenta de que eran cinco muchachos contra uno solo. Escuchó:

—Y ya te dije, mugroso, en cuanto te vuelva a ver cerca de mi chica te parto la cara.

El muchacho propinó al otro un tremendo empujón que lo dejó en el suelo. Don Alejandro que todo lo observaba gritó desde lejos:

—¿Qué pasa aquí? Valientes montoneros, déjense de tonterías y esfúmense si no quieren que llame a la policía.

—Usted no se meta, no es contra usted la cosa. Ya le dijimos lo que le teníamos que decir al amigo así que ya nos vamos.

Miraban con odio al pobre chico que aún se encontraba en el piso. El bravucón reafirmó su amenaza y se retiró con sus acompañantes en dirección contraria.

—Pero qué muchacho, ¿cómo que metiéndote con chicas ajenas? —decía don Alejandro al joven mientras le ayudaba a ponerse en pie.

—Le agradezco su ayuda, señor, no le haga caso, ese tipo está loco. Lorena ni siquiera es su novia, él quiere con ella, pero ella ni en cuenta con él. Se cree mucho porque siempre anda con su pandilla porque solo no hace nada.

—Ah, qué muchachos estos tan locos. Me dirigía a la Laguna del Carpintero a comprarme un agua de huapilla, ven, te invito una para que se te pase el susto.

El joven se negó, pero ante la insistencia aceptó gustoso.

—Una cosa es cierta de lo que dijo el granuja —siguió hablando el joven mientras caminaban—. A mí me encanta Lorena, es una niña muy bonita, y yo también le gusto a ella, no quiere andar conmigo por temor a que me haga algo el muchacho que se acaba de ir, yo le digo que no le